una especie de veneración religiosa hacia este vestido; no permitía que lo tocara más que su mamá y lo besaba con mucha ternura. "Mi querido Obispo, decía, me ha dado este vestido blanco; él lo ha tocado, sí, lo ha tocado con sus propias manos. Mamá, guarda bien el vestido de mi bautismo."

El buen Pastor venía frecuentemente á ver á sus nuevas ovejas, y parecía encontrar sus delicias en conversar con ellas. Hé aquí á este propósito una anécdota muy graciosa:

Un religioso de edad madura y de aspecto grave, acompañaba á Su Señoría en una de sus visitas. La inocente familiaridad de que la querida niña usaba hacia el Prelado, le pareció algo como una falta al respeto debido á su dignidad.

—Basta, basta; ya es demasiado, le dijo á Josefina con tono serio y con ademán severo.

Esta reprensión hirió vivamente á la niña.

¡Qué! ¡querer poner trabas á los desahogos de su ternura y de su reconocimiento! Sin dejar la mano del Obispo que ella apretaba más fuertemente, la noble africana, lanzando sobre el censor importuno una mirada fulminante, exclamó:

—¡Es demasiado! ¡es demasiado! No es demasiado ni bastante para mi querido Obispo, que es mi papá, que me ha bautizado, que ha lavado mi alma, que ha arrojado al demonio, que me ha abierto el cielo y me ha hecho hija de Dios. ¿Quién te ha dicho que es bastante? Después, suavizando la voz: Querido Obispo, tú eres muy bueno! Y así diciendo, la tierna niña no cesaba de prodigar caricias á su venerado padre.

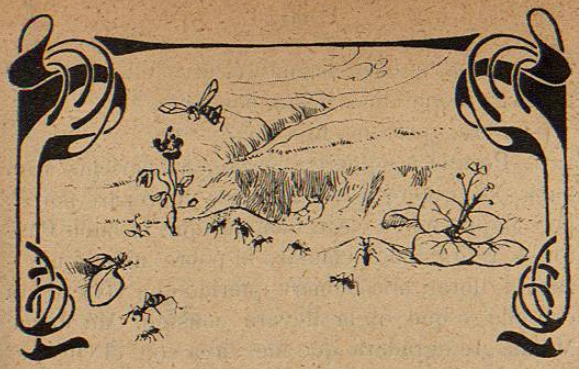
Por entonces no dijo más Josefina; pero la primera vez que volvió á ver á Monseñor: "Que-

rido Obispo, le dijo, hazme el favor de no traer otra vez al que dice: Basta, basta."

—Pero, ¿por qué, hija mía?

—Porque no quiere que haga yo caricias á mi papá. No quiero á ese hombre; yo rezaré por él, pero déjalo en su casa. Siempre que el buen Pastor se retiraba del claustro la pobre niña comenzaba á llorar; ella hubiera querido que viviera allí con ella ó que él la llevara consigo. Me decía: Mamá, ¿te agradará que me vaya con el Obispo? déjame ir, mamá; él me enseñará á predicar, y después voy á enseñar y á bautizar á todas esas malas gentes, allá en la tierra de los árabes.

Aprended aquí vosotras, mis buenas niñas, á desear y procurar también recibir el grandioso sacramento de la Confirmación. Y si ya lo habeis recibido dadle al Señor las gracias por ese nuevo beneficio. Amad mucho al Papa, á los Señores Obispos, y á los sacerdotes. Niña que quiere á los sacerdotes, y los mira y los trata con respetuosa confianza, no puede menos de ser muy querida ella de Dios.



LAS HORMIGAS

VII. Sus habilidades infunden esperanza en Dios.—Su previsión de lo futuro.—Cómo fabrican su morada.—Cómo reparten el trabajo.—Cómo conservan los granos.—Cómo se citan en días fijos.—Cuán vivo tienen el olfato.

Después de aquella general pérdida y desnudez que nos vino por aquel común pecado, el principal remedio que nos quedó fué la esperanza en la divina misericordia, como lo significó el Profeta cuando dijo: En paz dormiré y descansaré seguro; porque tú, Señor, singularmente pusiste mi remedio en tu esperanza. Para esforzar esta virtud tenemos muchos y muy grandes motivos de que no es ahora tiempo de tratar; mas entre éstos, no pienso que mentiré, si dijere que no poco se esfuerza esta virtud con la consideración de las habilidades admirables que el Criador dió á un animalillo tan despreciado, tan vil y tan

inútil, como es una hormiguilla: la cual, cuanto es más pequeña, tanto más declara el poder de quien tales habilidades puso en cuerpo tan pequeño. Porque primeramente, siendo verdad que los otros animales comunmente no tienen más cuenta que con lo presente, porque alcanzan poco de lo futuro y de lo pasado, como dice Tulio; pero este animalillo, á lo menos por obra, siente tanto de lo que está por venir, que se provee en el verano, como vemos, para el tiempo del invierno. Lo cual pluguiese á Dios imitase la providencia de los hombres, haciendo en esta vida provisión de buenas obras para tener de qué gozar en la otra, conforme á aquel consejo de Salomón, el cual nos amonesta que hagamos con toda prisa é instancia buenas obras, porque en la otra vida no hay el aparejo que en esta para hacerlas. Y por no hacer los hombres esto que las hormigas hacen, vienen después á experimentar aquella profecía del mismo Salomón, que dice: El que allega en el tiempo del estío, es hijo sabio: mas el que se echa á dormir en este tiempo, es hijo de confusión; porque el tal se hallará confundido y arrepentido al tiempo de dar la cuenta. Así se hallaron confusas aquellas cinco vírgenes locas del Evangelio; porque no proveyeron sus lámparas de olio con tiempo.

Mas tornando al propósito, esta es la primera habilidad de las hormigas. La segunda es, que sin más herramienta ni albañil que su boquilla, hacen un alhoí ó asilo debajo de la tierra, donde habiten y donde guarden su mantenimiento. Y aún este alhoí no lo hacen derecho, sino con grandes vueltas y revueltas, á una parte y á otra, como se dice de aquel laberinto de Dédalo, para que si algún animalejo enemigo entrare por la puerta, no

las pueda facilmente hallar, ni despojar de sus tesoros. Y con la misma boquilla que hicieron la casa sacan la tierra, y la ponen como por vallado á la puerta de ella.

Cuando van las parvas á hurtar el trigo, las mayores como capitanes, suben á lo alto, y tronchan las espigas, y échanlas donde están las menores, las cuales, sin más pala ni trilla que sus boquillas, las mondan y desnudan, así de las aristas, como de las vainicas donde está el grano, y así limpio y mondado lo llevan á su granero, asiéndolo con la misma boca, y andando hacia tras, estribando con los hombros y con los piés para ayudar á llevar la carga. Para lo cual, como dice Plinio, tienen mayor fuerza según la cantidad de su cuerpo, que todos los animales. Porque apenas se hallará un hombre que pueda caminar un día llevando á cuestas otro hombre, y ellas llevan un grano de trigo que pesa más que cuatro de ellas, y perseveran en llevar esta carga, no sólo todo el día, mas también toda la noche. Porque son tan grandes trabajadoras, que juntan el día con la noche, cuando está la luna llena. Mas ¿qué remedio, para que el trigo estando debajo de la tierra no nazca, mayormente cuando llueve? ¿Qué corte diera en esto un hombre de razón, presupuesto que el grano había de perseverar en el mismo lugar? De mí confieso que no lo supiera dar; mas sábelo la hormiguilla enseñada por otro mejor maestro. Porque roe aquella punta del grano por donde él ha de brotar y de esta manera lo hace estéril é infructuoso. Hecho eso, ¿qué remedio para que la humedad, que es madre de corrupción, no lo pudra estando debajo de la tierra mojada? También saben su remedio para esto.

Porque tienen cuidado de sacar al sol su depósito los días serenos, y después de enjuto lo vuelven á su granero. Y con esta diligencia muchas veces repetida, lo conservan todo el año. Otra admirable diligencia se escribe de ellas; porque no sólo se mantienen del grano, sino de otras muchas cosas, y cuando éstas son grandes, hácenlas pedazos, para que así las puedan llevar. Otra cosa se escribe de ellas admirable: y es, que cuando andan acarreando sus vituallas de diversos lugares, sin saber unas de otras, tienen ciertos días que ellas reconocen, en que vienen á juntarse como en una feria para reconocerse y tenerse todas por miembros de una misma República y familia, sin admitir á otras. Y así acuden con gran concurso de diversas partes á esta junta á reconocerse y holgarse con sus hermanas y compañeras.

Son en gran manera amigas de cosas dulces, y tienen el sentido de oler tan agudo, que do quiera que esté, aunque sea una lanza en alto, lo huelen y buscan. Para lo cual tienen otra extraña habilidad: que por muy encolada y muy lisa que esté una pared, suben y andan por ella como por tierra llana.

(Fr. Luis de Granada.)

7.ª Fábula

La Mariposa y el Grillo

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS)

Desplegando sus alas de rosa
Do brillaba del oro el primor,
Va volando gentil mariposa
Visitando una flor y otra flor:
Sepultado en su gruta profunda
Noble grillo empezó á meditar
Cuál la vida en peligros abunda
Y cuán triste es el mundo habitar;
Se diría que era un monge en su choza
Negro el manto y austera la faz,
Que mirando á la inflel mariposa
Presagiaba su dicha fugaz.
¿Dónde va, se decía, la insensata
Rebosando de dicha y placer?
Ya verá cual la suerte la trata
Y cuán pronto vendrá á perecer.
Y así pasa: unas niñas traviesas
Admirando su hermoso brillar,

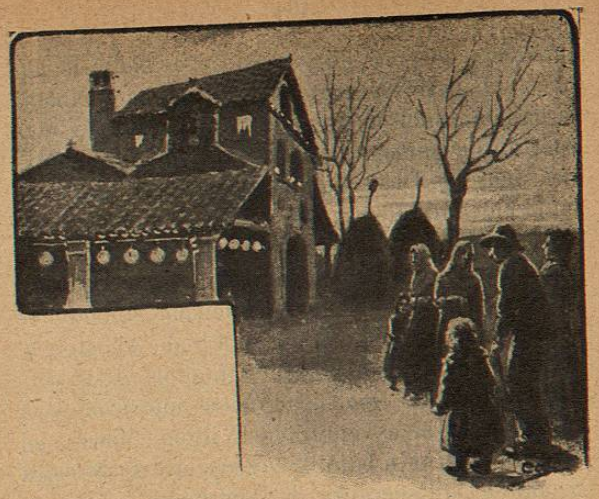
La persiguen y la hacen mil piezas
Al quererla cada una mirar.
Ved aquí, dijo el grillo en su ermita,
A qué expone el correr y el volar!
Feliz niña que á mí fiel imita
Recogida viviendo en su hogar.

10.ª ADIVINANZA

Soy flaco, seco y enjuto,
Muy pálido ó amarillo,
Luego de blanco sencillo
Me ostento y también de luto
Cuando soy más pobrecillo,
Cuando soy rico y con oro
Relumbro naturalmente
Y aunque quieran que me siente
Parado yo vivo y moro.
Soy de la luz tan amigo
Que siempre quiero tenerla
Y cual si fuera á comerla
Con la boca la persigo.
Siempre mi costumbre es
Con mis iguales morar
Y en alto me gusta estar
Parado en uno ó tres piés.

II.ª ADIVINANZA

Suspenso, silencioso,
Ora derramo espléndidos cambiantes
Del sol á los destellos fulgurantes,
Ora en saco polvoso
Envuelto vivo en lánguido reposo:
Mas en solemnes días,
O en las noches de fiesta y regocijo,
Me desvisten y limpian, y de fijo
En los brazos me ponen mil bujías,
Que aumentan con su luz las alegrías;
Mas de subir y de bajar cansado
Al fin perezco, inútil ó estropeado.



SÉPTIMO SÁBADO

Nuestra Señora de Pontmain

Concurso de peregrinos.—Erección de la estatua.—Noticia de los niños.—Decreto episcopal.

ACABADA de contar la admirable aparición de la Santísima Virgen en la aldea de Pontmain, sólo falta, amadas niñas, el deciros algo de lo que á ella se siguió. Caminando, pues, como el rayo la noticia de este extraordinario acontecimiento, un gran concurso de visitadores comenzó á establecerse, y la autoridad diocesana tuvo que intervenir en ello. El Señor Obispo de Laval, que se llamaba Casimiro Alejo José Wicart, después de varias requisitorias en que se oyeron testigos

jurados, y después de pensarlo y consultarlo, publicó una hermosa carta pastoral donde hablaba largamente del asunto, y al fin decretó de esta suerte: "Juzgamos que la inmaculada Virgen María, Madre de Dios, ha aparecido verdaderamente en la aldea de Pontmain, el día 17 de Enero de 1871, á los niños Eugenio Barbedette, José Barbedette, Francisca Richer, y Juana María Lebossé. Y con toda humildad y obediencia, sometemos este juicio, al juicio de la Santa Sede Apostólica, centro de la unidad, y órgano infalible de la verdad en toda la Iglesia; también autorizamos el culto de la bienaventurada Virgen María, en Nuestra Diócesis, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Esperanza, de Pontmain."

En cuanto á los niños, el niño Triteau que también se llamaba Eugenio, murió á la edad de seis años seis meses, el día 5 de Mayo de 1871: los otros hicieron su primera comunión el día 14 del mismo mes y año, con los sentimientos de una piedad angelical: los niños comenzaron los estudios al lado del Señor Cura; las niñas Pachita y Juanita continuaron de pensionistas en el colegio de las buenas Hermanas. Al año preciso de las escenas referidas se erigió en Pontmain una estatua grande y muy hermosa á la Santísima Virgen, representando la aparición. Concurrieron este día á la modesta aldea ciento cincuenta sacerdotes, y ocho mil peregrinos: la estatua se bendijo y colocó á las siete de la noche, á la misma hora que la Reina de los cielos se había dignado aparecer. La granja de César Barbedette, padre de los niños, fué primorosamente compuesta é iluminada; recitáronse las preces y se repitierom los mismos himnos y cánticos que se habían empleado hacía

un año cuando la aparición; después salió una hermosa procesión en la cual iba un estandarte donde estaban primorosamente representadas las diversas faces que se habían mostrado á los niños en aquella noche feliz.

Y aquí damos fin á esta linda historia, verdadera en todos sus detalles, volviendo á exhortaros, amadas niñas, á ser muy devotas de la Santísima Virgen, á asistir á sus fiestas, á visitarla en sus Iglesias, á cantar cánticos en honor suyo, y á no dejar jamás, ni un sólo día de rezar su rosario. Es una oración tan bella como sencilla, que le agrada mucho á la Virgen María y que el Sumo Pontífice ha recomendado varias veces que se rece en las familias cristianas. Las niñas fieles en rezar siempre el rosario, verán algún día con sus ojos, la inefable hermosura de la Madre de Dios, no ya como Francisca y Juanita, en el aire y sólo por tres horas, sino en el cielo y para siempre.

Adios, mis amiguitas; que el Señor os bendiga!

OCTAVO DOMINGO

Vida de una Santita de nueve años

VIII

Su fidelidad á la gracia.—Sus labores de manos.—Su actitud durante la oración.—Quiere ir á comulgar por ver á las otras.—Deseos de la comunión.—La recibe.—Efectos que en ella causa.—Dolor cuando no puede comulgar.

El aumento de la gracia en el corazón puro de Josefina era incesante, y su fidelidad en corresponder, admirable, pues manifestaba tanta cordura en sus acciones como ternura en sus dolores. Sus enfermedades, se puede decir, se suce-

dían sin interrupción; le acontecía estar un poco aliviada y entonces se sentaba en su cama y continuaba su labor, y todas sus obras eran muy notables, tanto por su finura como por su exquisita limpieza.

Las conversaciones de Josefina eran sólidas y llenas de buen sentido; las ligerezas le inspiraban mucho disgusto; algunas veces reprendía á María su compañera, porque le gustaba reir y divertirse con exceso.

—María, ¿qué haces?—le decía con tono serio. —Basta, basta ya de charla; es mejor hablar con Jesús y estudiar el catecismo. Jamás su estado de padecimiento le hizo omitir sus ejercicios diarios de piedad, ni le impidió cumplirlos con su fervor acostumbrado.

Nada más tierno que la actitud piadosa y recogida de Josefina durante la oración; cuando estaba en la iglesia conservaba una inmovilidad sorprendente y no podía resolverse á separarse del lugar santo. "Déjame todavía un poco con Jesús, me gusta mucho estar aquí," decía la piadosa niña cuando se le obligaba á salir de allí. Sus comuniones espirituales y sus aspiraciones á Dios eran sin intermisión.

Esto me trae á la memoria una ocurrencia muy graciosa anterior á su bautismo.

Recien llegada Amna á nuestro lado, notó en el coro á las religiosas que se dirigían cada una á su vez á la ventanilla por donde se recibe la santísima comunión.

—¿Por qué van las hermanas allí?—preguntó á su maestra.

—Van á recibir á Jesús.

La niña oyó y guardó silencio; pero al día si-

guiente, no bien vió á las religiosas dirigirse á la ventanilla, cuando ella también se levanta, junta sus manecitas y se pone en disposición de seguirlas.

—¿Dónde vas?—le preguntó la maestra.

—A recibir á Jesús.

—No, no, tú no estás todavía bautizada y no puedes recibir á Jesús.

—A besarlo, á besarlo,—repetía la niña muy mortificada, queriendo decir: "Si yo no puedo tener la dicha de recibir á Jesús, al menos no se me niegue besarlo."

Bien se comprenderá que su petición no podía ser escuchada; por lo cual quedó la niña inconsolable. Tal era la inclinación de Josefina aun antes de su bautismo, por la santa comunión, que no conocía límites su impaciencia por unirse al Dios de amor.

—Querido Obispo, decía á Monseñor siempre que lo veía, si tú eres mi verdadero papá, si tú me amas, hazme la gracia de darme á mi Jesús; yo no puedo estar sin mi Jesús.

—Ya eres toda de Jesús: ¿qué más deseas? Por ahora debes de estar satisfecha.

—No, no, yo no estoy satisfecha mientras no reciba á Jesús en mi corazón.

Entonces, teniendo sus manecitas en actitud de una pobre suplicante: "Querido Obispo, exclamó, hazme esta caridad, dame pronto á mi Jesús;" y las lágrimas sofocaron su voz.

¿Qué medio de resistir á tales instancias?

Además, un concienzudo examen, acababa de justificar la capacidad y la instrucción de la niña suplicante. Monseñor fijó, pues, para su primera comunión el día 23 de Junio del mismo año de 1854, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

Esta noticia arrebata á la santa niña, su corazón se inunda en reconocimiento y alegría; se confunde, dando las más afectuosas gracias, y en la embriaguez de su dicha, ruega á su querido papá venga á confesarla para ese día solemne.

—Qué,—le decía yo,—¿tú quieres molestar siempre á Monseñor para que te confiese?

—No, mamá, no mas ahora para la primera comunión; después ya no llamaré al Obispo, sino que iré á confesarme con el padre confesor.

Josefina cumplió su palabra. La primera comunión excitó en su corazón amante una hambre insaciable por el Pan de los ángeles: obligada muchas veces á guardar el lecho, su más grande sacrificio era el no poder comulgar tan á menudo como su corazón deseaba. ¡Dichosa tú, María, decía á su compañera, que puedes comulgar con frecuencia! ten cuidado de aprovecharte. Cuando sus males le permitían, lo cual era rara vez, comulgar en el coro, la víspera en la noche pedía que se la despertara muy temprano. Muchas veces la pobre niña, después de una mala noche, no se sentía en estado de levantarse en la mañana; y sin embargo, animada por su maestra hacía un esfuerzo y se acercaba á la santa Mesa, donde el Señor que recompensa los sacrificios que inspira su amor, inundaba ordinariamente á su alma con las más puras delicias; entonces era encantadora la relación que hacía de su dicha. "Esta mañana quería el demonio hacerme perder la comunión; pero yo he tenido cuidado de no escucharlo y ahora estoy muy bien. Jesús me ha ayudado, no he sufrido, y mi corazón sobreabunda de alegría."

Un día de fiesta que le decían se levantase pa-

ra oir la santa misa, respondió con su amabilidad ordinaria que se sentía capaz de hacerlo: su maestra creyó ver en esto un engaño del enemigo para privarla de la santa comunión, y le ordenó que se levantara, advirtiéndole que si no podía estar en pie se fuera inmediatamente á su lecho. Josefina obedeció; en el primer momento parecía sentirse mal, las lágrimas le corrían á pesar suyo, pero después de un instante de reposo y de reflexión dijo á su hermana: "¡Oh, verdaderamente el demonio no quería que yo me levantase! pues no te dije una mentira, me sentía muy mala, y ahora que todo ha pasado estoy muy bien". La pobre niña apenas podía estar en pie, y no obstante, decía: "estoy muy bien!"

Después de la comunión, decía: "¡Ah, sí, con Jesús en mi corazón ¡cuán fuerte estaré!" Esto le sucedía ordinariamente los días de comunión.

Sentía mucho menos sus males, gustando las dulzuras de la gracia, y decía á la hermana: "¡Oh, qué dichosa soy en haberme vencido! si tú vieras mi corazón cómo palpita de alegría! el demonio llora; pero Jesús sonríe. Sí, sí; yo quiero siempre escuchar á Jesús."

En efecto, los extremos de su alegría, como de su fervor, eran extraordinarios en los días de comunión; y sobre todo cuando se la llevaba al lecho se la sorprendía entonces exhalando su ardiente amor en tiernos y abrasados coloquios con Dios, con la santísima Virgen y con los santos: las expansiones de aquella alma enamorada de Jesús tenían algo de divino, y no formaba entonces más que un solo voto, el de padecer ó morir.

Una noche se le escapó una ligera mentira. "Mañana no comulgarás", le dijo su maestra, "á

menos que vayas primero á confesar tu falta á mamá y á pedirle licencia de confesarte."

Ciertamente que para un natural tan orgulloso, era esta una prueba muy dura; Josefina se sometió á ella sin decir una palabra; pero ¡ay! al día siguiente, no me acuerdo por qué, no pudo ni confesarse ni ir á la santa Mesa; y esto le causó tan grande pesar, que si no se le hubiera acudido pronto, habríase puesto mala; no hacía más que repetir en medio de sollozos y de lágrimas. "¡Oh, no recibir á Jesús!... Ay, qué dolor!" Esa fué su primera y última mentira. Su delicadeza con respecto á esto fué tan lejos, que muchas veces en la noche decía á su maestra: "No puedo dormir, porque he dicho tal ó cual cosa, ¿será acaso mentira?"

—No, niña; duérmete tranquila.—Y el angelito se dormía apaciblemente.

Este ardiente deseo de la santa comunión, le era inspirado por su tierno amor á Jesucristo, y no lo era menos por su viva fe en los efectos maravillosos de este nuevo alimento.

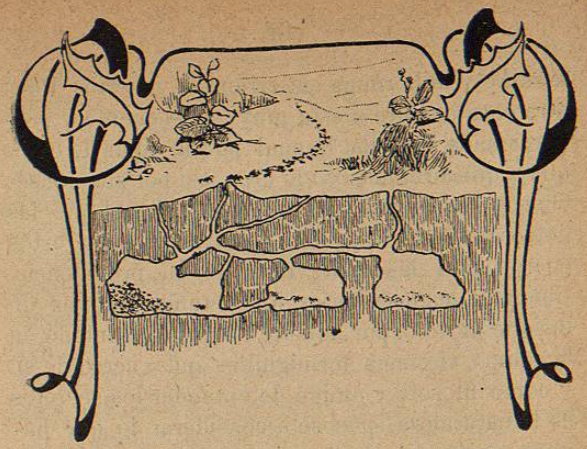
—Tengo mucha necesidad de recibir á Jesús, —decía,—para que me ayude á padecer.

¡Cuántas veces me dijo que quería hacer la comunión, de miedo de perder la paciencia en medio de tantos males!

—Jesús,—decía,—me ayudará á sufrir por su amor y me dará fuerzas para llevarlo todo como debo.

Niñas, niñas que esto leeis, ¡cuánto y cuán bueno teneis que imitar aquí! Amor á la divina Eucaristía, ardorosos deseos de comulgar, respeto, devoción y recogimiento en el templo y en la oración, horror á la mentira, y á todo pecado que

pueda manchar vuestra conciencia, alegría en las cosas de Dios, y en los días de retiro y de piedad, prontitud en obedecer á los superiores aun cuando sea con sacrificio y venciendo las repugnancias de la naturaleza. Todo esto habeis visto en Josefina, tal vez de menos edad que vosotras, pues apenas llegaba á los nueve años. Imitadla, queridas niñas; pensad que el Señor con profundos designios os pone este libro en las manos, para inspiraros las primeras ideas, los primeros deseos de una santidad grande á que quiere elevaros. ¡No seais infieles, niñas, á estos primeros llamamientos de la gracia!



DE LAS HORMIGAS

VIII. Cómo entierran sus muertos.—Cómo pagan el trabajo.—Admirable fábrica de sus ojos.—Elevación del alma á Dios.

Tienen también las hormigas muy limpio su aposento así como las abejas, según adelante diremos. Para lo cual diré otra cosa no menos admirable que la pasada, y es, que ellas solas entre todos los animales del mundo, entierran sus muertos. Y para esto, como escribe Eliano, fabrican en aquel su subterráneo tres lugares distintos; uno en que ellas moran, y otro que les sirve de despensa en que guardan la provisión de su mantenimiento, y otro que les sirve de cementerio, donde sepultan sus muertos. ¿Quién creyera esto, si no se hubiera visto? De modo que, como refiere Plinio, entre cuantos animales Dios crió sólo el